

# EL MUNDO DE LA NOCHE

La espeleología —deporte y ciencia, al mismo tiempo— tiene cada día más adeptos. Alpinismo al revés, apasiona a los jóvenes, siempre ávidos de aventuras, del mismo modo que atrae a venerables hombres de estudio. Pero, ¿de dónde procede esta extraña actividad? ¿Qué es lo que se busca ahí abajo? ¿Quién fue el primero que se aventuró en las profundidades geológicas? Robert Stenuit, espeleólogo, submarinista, oceanonauta y ya antiguo colaborador en estas páginas, nos habla en el presente artículo de cómo nació la exploración subterránea.

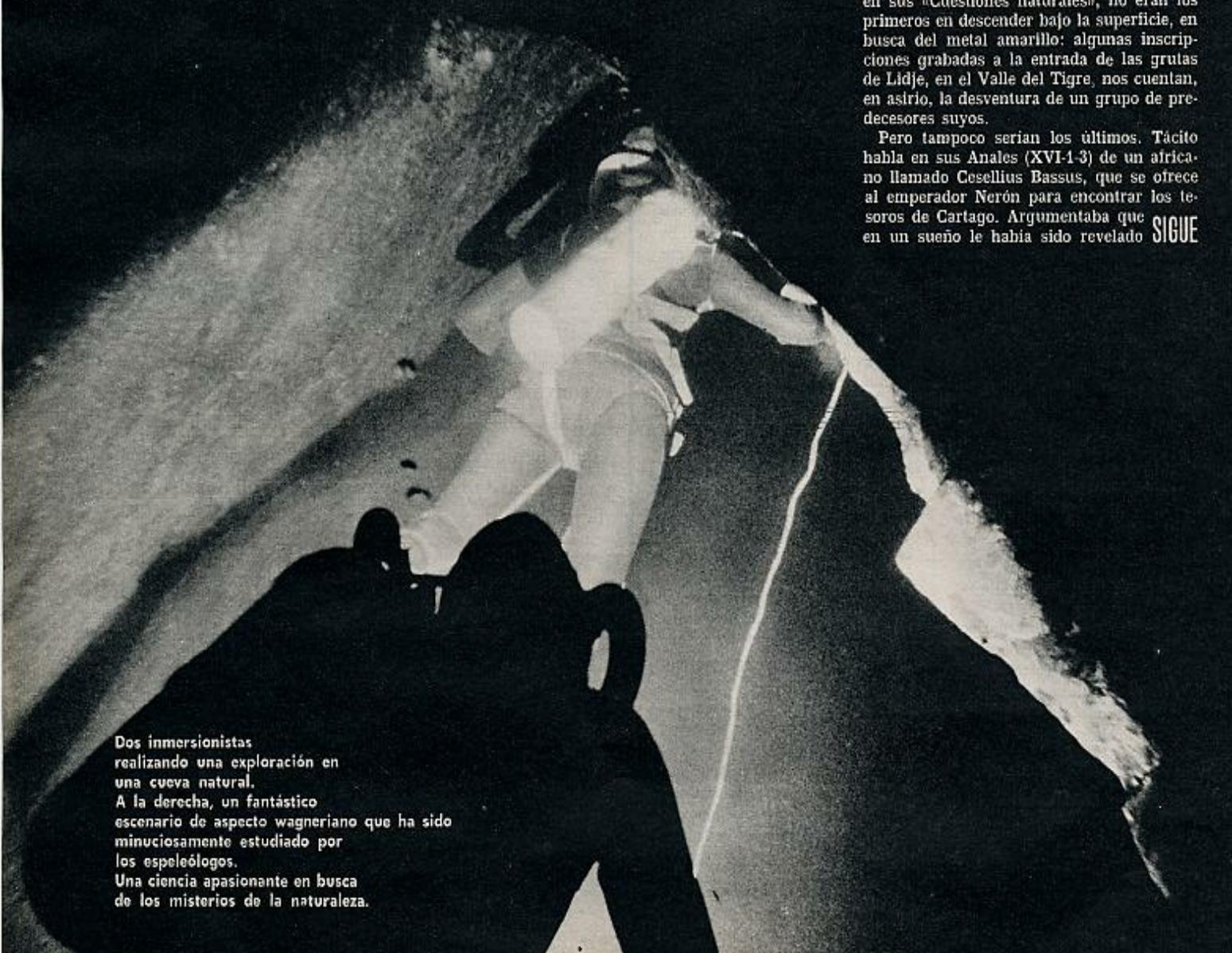
Por **ROBERT STENUIT**

ANTES del reinado de Filipo de Macedonia hubo hombres que se dedicaban a buscar plata penetrando hasta los lugares más recónditos y que, renunciando a la libertad y al aire que gozaban a ras del suelo, se adentraban en las cavernas hasta donde no llegaba un solo rayo de sol. Iban siempre bien provistos de antorchas, que servían para brindarles luz durante varios días. En una ocasión, cuando estaban ya fatigados de tanto andar, descubrieron un escenario increíble: ríos y enormes depósitos de aguas tranquilas, parecidos a los que vemos en la superficie. Aquellos hombres se atrevieron a descender a una región en la que iban a encontrarse con una disposición completamente diferente de la naturaleza;

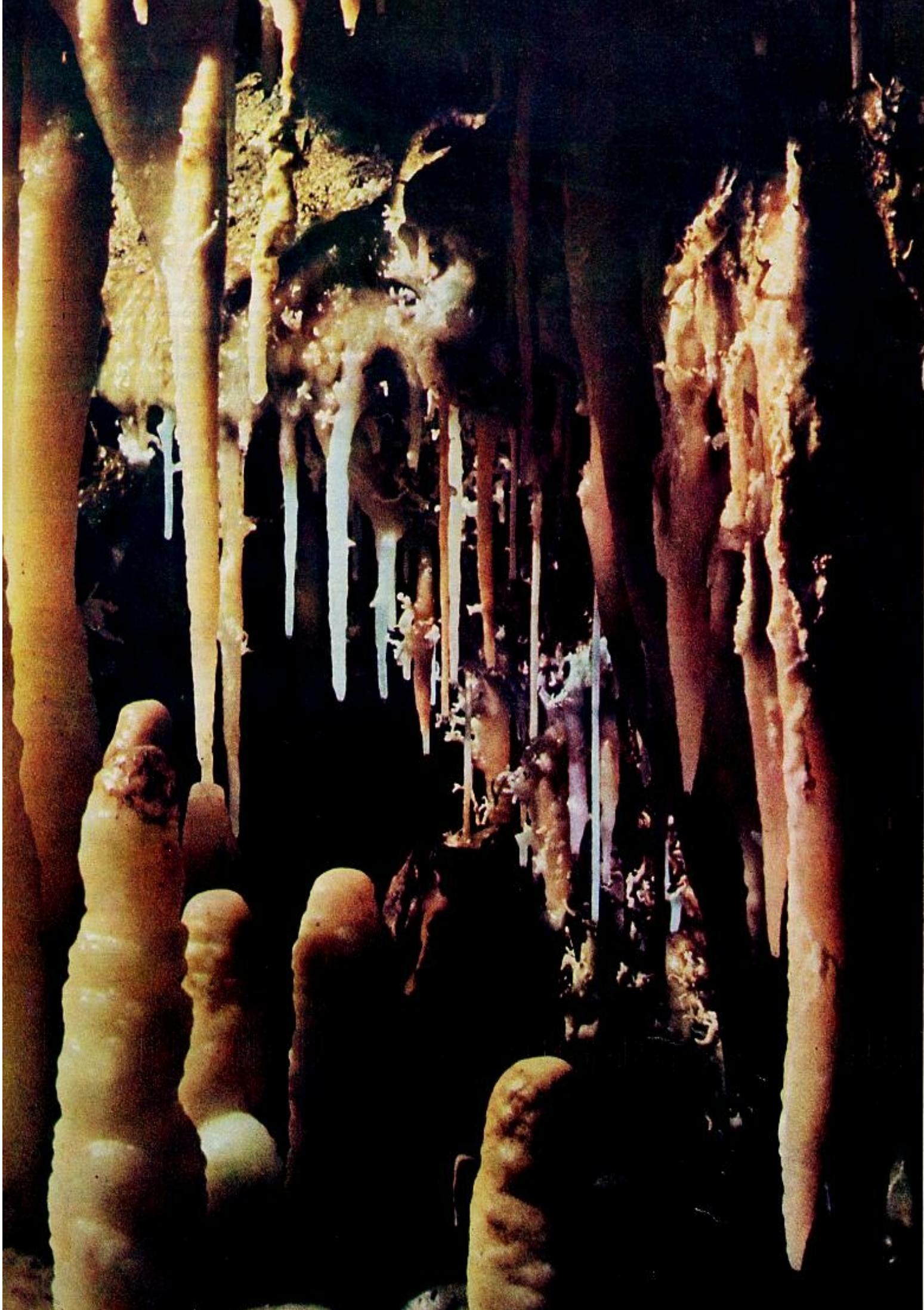
la tierra colgaba por encima de sus cabezas, vientos soplaban en medio de las tinieblas, ríos terribles de curso inútil, noche diferente a la nuestra y, además, perpetua. ¡Y después de haber llegado a todo eso, tenían miedo del infierno!

Estos temerarios buscadores de tesoros subterráneos, de los que nos habla Séneca en sus «Cuestiones naturales», no eran los primeros en descender bajo la superficie, en busca del metal amarillo: algunas inscripciones grabadas a la entrada de las grutas de Lidje, en el Valle del Tigre, nos cuentan, en asirio, la desventura de un grupo de predecesores suyos.

Pero tampoco serían los últimos. Tácito habla en sus Anales (XVI-1-3) de un africano llamado Cesellius Bassus, que se ofrece al emperador Nerón para encontrar los tesoros de Cartago. Argumentaba que **SIGUE**



Dos inmersionistas realizando una exploración en una cueva natural. A la derecha, un fantástico escenario de aspecto wagneriano que ha sido minuciosamente estudiado por los espeleólogos. Una ciencia apasionante en busca de los misterios de la naturaleza.



el lugar exacto en que se hallaba el escondrijo. Nerón le escuchó, pero el asunto terminó mal otra vez: se habló de estafa; hubo persecución.

Siempre ha habido una plétora de historias de tesoros ocultos en los países árabes y en el África berberisca. Los cuentos maravillosos del Oriente, importados por los conquistadores árabes, no eran más que tesoros de Ali-Babá, descritos minuciosamente en todo su esplendor, y los libros de magia indicaban los medios infalibles para dar con ellos...

En el siglo XVI, León el Africano informa de la existencia en Fez de unos cuantos que se autodenominan «Canesino» y que se dedican a buscar todos aquellos tesoros que — a su entender— están escondidos bajo los fundamentos de la ruina de la antigüedad.

En 1923 un turista encontró en un laberinto subterráneo de la Djurdjura (Kabília) el cuerpo, momificado por el aire seco, de un joven pastor y buscador de oro. Las cavernas de Khefarous, con su complicada red de galerías, guardan en su interior los cadáveres de todos los Beni-Zerual extraviados, muertos de inanición, que buscaron en vano la ciudad subterránea con sus murallas y palacios repletos de tesoros.

El tesoro de los Rumis, las monedas almohades, la gata de oro, el Santo Grial, la Lotería Nacional: el súbito enriquecimiento, la liberación conseguida en un santiamén que justifica todos los riesgos, todos los peligros. A veces esta esperanza hace sobrevivir a muchos hombres sumidos en el tedio, en la rutina.

En Francia se han buscado monedas sarracenas —y, a la recíproca, los sarracenos buscan monedas cristianas—, el oro de Melusina, el botín de Mandrin —«Todavía no se ha encontrado todo, luego tiene que estar aún en la gruta»—. En Alemania, los «Schatzgräber» siguen aún tras el Santo Grial y, desde la Edad Media, tras el tesoro de la Dama Blanca, escondido en las profundidades de las grutas del Lampechtsfenloch, que se encuentra defendido por un monstruoso canchero negro. En 1703, este monstruo mató a tantos exploradores, que la municipalidad ordenó tapiar los accesos.

En toda la Europa Central son las «grageas del Diablo» las que han excitado la codicia de viejos y jóvenes. En la Edad Media se les atribuía propiedades afrodisíacas y mágicas del mayor interés. Para conseguir las se penetraba audazmente hasta lo más profundo de las grutas calcáreas y allí, en pequeños depósitos de agua, se encontraban algunas veces pequeñas perlas cavernarias o, como se diría hoy en día, pisolitos. En realidad se trata de una pequeña partícula de arcilla, de cuarzo o de calcita, pulida por los remolinos de agua.

La ciencia que iba a recibir el nombre de espeleología nació en los oscuros gabinetes de trabajo de los eruditos de los siglos XVII y XVIII.

En 1684 el conde de Gaffarel publicaba en París su obra maestra «El mundo subterráneo», aburrida compilación de todo lo que profesaban los antiguos, desde Aristóteles y Plinio, en materia de abismos infernales. El subtítulo informaba al lector que se trataba de una «descripción histórica y filosófica de las más hermosas cavernas, de las grutas más extrañas, bóvedas, agujeros, cuevas, refugios ocultos, madrigueras secretas de los diferentes animales y pueblos desconocidos, abismos, simas, fallas, aberturas maravillosas...».

En 1789, por el contrario, un original comunicado: «Con gran sorpresa de los letrados de Europa, el barón Von-Valvasor anuncia haber descubierto, en una gruta de Carniole, un "pequeño dragón"».

Este raro animal —anfibio, de gran resistencia al hambre, ovíparo y vivíparo, según la

temperatura— tiene el mérito de haber polarizado hacia el mundo subterráneo la atención de los naturalistas. La espeleología es una consecuencia de esto. Así tenemos los estudios realizados por Lespés sobre los animales cavernícolas del Ariège, los trabajos de Viré y, sobre todo, el descubrimiento realizado por el profesor Jeannel acerca de los fósiles vivos que se perpetúan en las cavernas, pasando de cavernas muertas a cavernas nuevas, al abrigo de los cambios que se producen en la superficie y que nos aclaran, por la forma en que están repartidos, muchos puntos confusos de la historia de los continentes.

La bio-espeleología nos ha demostrado asimismo algo extraordinario: un mundo que puede sobrevivir al mundo, un ciclo de vida independiente de la luz solar, de la energía luminosa que condiciona el ciclo de la vida en la superficie.

También salió del gabinete de trabajo de otro erudito —el jesuita Athanasius Kirchnerius— el inteligente tratado «Mundus Subterraneus». Apoyándose en Heráclito y en Leibniz, Kircher escribió: «Las cavernas y los abismos se han originado por la acción del fuego interior». Por el contrario, tanto Aristóteles como Séneca las explicaban por la acción directa del agua.

Martel dedicó toda su vida a demostrar sus teorías.

### Los geognostas

La carrera de Albert Edouard Martel fue consecuencia de una resolución tomada en 1866 con motivo de su visita a las grutas pintadas de Gargaz y al torrente subterráneo de Aguas Calientes, en los Pirineos, pero sobre todo de la impresión que le produjo Han-sur-Lesse. En 1888 escribía: «Una excursión a Han-sur-Lesse (Bélgica) hizo que me decidiese a dedicarme por completo y con apasionamiento a los misterios de las cavernas». Aquel día, el foro perdió al joven licenciado en Derecho de Pontoise, pero fue conquistado por el mundo subterráneo. Consagró su vida a medir, explorar, estudiar y describir más de mil cuevas y ríos subterráneos de Europa entera. ¿Por qué? Por curiosidad científica, pero también —como escribió él mismo— «por la satisfacción que supone conseguir el fin propuesto, por el triunfo de la voluntad sobre los obstáculos materiales».

Estamos a finales del XIX. Al no contar con las técnicas y materiales de que disponemos hoy en día, Martel tuvo que contentarse con

improvisar empleando un material rudimentario.

Hoy nos resulta sorprendente su audacia. Un día bajó a una cueva angosta. El ramaje disminuía la luz hasta el punto que quedaba una luz de acuario. Más adelante, era ya la noche. Sin embargo, Martel siguió bajando... La abertura se estrechaba progresivamente. Con la espalda toca la pared rugosa y con las rodillas la de enfrente. Baja sentado en un bastón horizontal suspendido de una cuerda que puede desenrollar poco a poco mediante una cabria. Por toda luz, tiene la de la vela suspendida en la cinta de su sombrero. Transmite órdenes por teléfono con toda tranquilidad. Son siempre las mismas: «Soltad, soltad». Las paredes se estrechan de nuevo. Martel ordena que se detengan; en una posición de inestabilidad se quita la chaqueta y continúa el descenso; un poco más abajo, se despoja también del chaleco y sigue bajando, a horcajadas sobre su «bastón», rozando las paredes con el pecho y la espalda. De pronto algo se ilumina. Levanta la cabeza y pierde su sombrero en un ángulo. Continúa, cerilla tras cerilla. Llega, por fin, al fondo del abismo. A la luz de las cerillas hace un croquis rápido de todo aquello y ordena luego que leicen. Durante la subida consigue encajar la cabeza en el sombrero y, con él puesto, salió a la superficie.

La pasión de su vida fue la hidrogeología —estudio de las aguas subterráneas—. Al mismo tiempo, realizó una obra filantrópica, ya que gracias a sus trabajos han llegado a comprender los poderes públicos, tras una campaña de prensa de veinte años, el peligro que representaba arrojar desechos en los abismos, ya que infectan el agua corriente que aparece luego en la superficie en forma de fuente. En una ocasión averiguó que cierta ciudad utilizaba el agua de sus alcantarillas después de un largo recorrido por el subsuelo calcáreo. Gracias a él, la ley francesa de 1902 prohibió «abandonar o arrojar cadáveres y todo tipo de residuos en las cuevas y excavaciones de cualquier naturaleza».

El discípulo más célebre de Martel es Norbert Casteret.

### Ritos mágicos bajo la superficie

La apetencia de oro y la investigación científica no han sido los únicos móviles que han inducido al hombre a bajar a las profundidades

Parece un personaje de una historia de ciencia ficción. Pero es un científico, un espeleólogo dispuesto a emprender una investigación en el dominio de lo desconocido, dispuesto a desentrañar misterios naturales.



# EL MUNDO DE LA NOCHE

del subsuelo. La magia que comunica el misterio de las profundidades ha florecido en todas las épocas. Hay en Marruecos varias grutas en las que aparece el gran disco que representa al sol. La caverna de los Udikism, cercana a Tán-ger, contenía innumerables exvotos de terracota que representaban cabezas de carneros, cuyo culto, en Berberia, está en íntima relación con el culto al sol.

En las grutas de Berberia se celebraban los cultos agrarios todos los años, en una fecha determinada; cuando la tierra «muerta con la última cosecha, necesita una esplendorosa resurrección para producir, al año siguiente, otra aún mejor, los cultivadores bereberes practican un rito de fecundidad. Es la noche del Error—Noche de la Felicidad, en otras partes—. Según la tradición, todos los años, durante una noche, hombres y mujeres se reúnen en una gran caverna. A una señal, se apagan las hachas, y todo el mundo se mezcla indistintamente. Cada hombre se une a la mujer más cercana, mientras el jeque se cerciora de que ninguno queda en pie. Todo extranjero que intentase entrar en la caverna moriría sin piedad».

A Casteret—que ha hecho numerosas exploraciones bajo el Atlas— le debemos esta extraordinaria historia: un topógrafo militar francés que fue encargado, en 1925, de trazar los planos de los subterráneos de Alep (complicado laberinto de varios pisos que corre por debajo de la ciudad). «Los tiradores—cuenta Casteret—, que iban siempre por estos dédalos provistos de clarines y teléfonos, se encontraron de pronto ante un espectáculo alucinante: cuarenta cadáveres, en actitudes trágicas, estaban esparcidos por el suelo a lo largo de los varios centenares de metros de la galería. Eran restos de una boda indígena, compuesta de veinte parejas, que seis años antes se habían extraviado en el laberinto, y a los que se les habían apagado de repente las lámparas, dejándolos en medio de las tinieblas. Habían entrado en aquel subterráneo para celebrar allí una costumbre pagana muy antigua, una especie de bacanal, conocida con el nombre de "Noche del Error", y los cuarenta participantes de esta secta perecieron, miserablemente vestidos con sus trajes de fiestas».

También en Europa, en Francia, en España, en Italia, en Bélgica, se encuentran por las cavernas huellas de ritos mágicos de nuestros antepasados del paleolítico.

El arte prehistórico—arte sagrado, mágico—necesita de la noche y del misterio. Todas las pinturas, todas las esculturas conocidas, están bastante lejos de la entrada de las cuevas. A veces, a varios centenares de metros bajo tierra, defendidas por pozos abismales e interminables agosturas.

El hombre musteriense, el primer grabador, marcaba torpemente en la roca la silueta simbólica del animal. Así, después, podían tenerse sobre ella fuerzas oscuras dominadas a su capricho por el artista brujo. Habiendo creado la imagen del animal, el hombre podía ya dominarlo: podía atraparle en sus redes o asañearlo. Aunque todo era en sentido figurado, el animal quedaba ya condenado a ser cazado. Entre los pueblos primitivos de África del Sur o de Australia, persisten todavía estas costumbres. Y aún quedan algunas supersticiones en Europa; hay gente que pide a la bruja que clave un alfiler en la fotografía de sus enemigos o en la muñeca que los representa.

El arte es, por tanto, en su origen, una forma de lucha por la vida. No es el arte por el arte, es el arte para la caza. A pesar de ello, tiene también una preocupación estética.

Un arqueólogo aficionado, el abogado de Santander don Marcelino de Sautuola, excavó, en



Una escenografía fantástica, un material de estudio inapreciable para estos aventureros hombres de ciencia.

1875, durante sus vacaciones, el suelo de una pequeña gruta situada cerca de Santillana. Allí se habían encontrado ya algunos sílices tallados, osamentas prehistóricas y conchas agujereadas bajo los restos de un hogar magdalenense. Un día en que le acompaña su hija, ésta mira hacia arriba y ve algo. Llama a su padre: «¡Papá, mira; mira los toros!». El padre no le hace caso. La pequeña insiste: «Mira, hay toros rojos y toros negros». Cediendo al capricho de la niña, el padre se agacha a su lado y sigue con la mirada la dirección que ésta le señala con el dedo: allí ve las pinturas históricas de Altamira. Quince mil años de antigüedad, el ejemplo más perfecto de arte cantábrico conocido.

Nadie cree a Sautuola. Cuando publica sus descubrimientos en una memoria—afirmando que las pinturas de las cuevas de Altamira representan bisontes y otros animales extinguidos, y que habían sido hechas, sin duda alguna, por hombres prehistóricos— el mismo presidente de la Sociedad de Prehistoria de Francia, Carthailac, rechaza categóricamente sus afirmaciones. Los científicos que acuden al lugar, se limitan a encogerse de hombros. Los partidarios del darwinismo afirman que es una jugada de los jesuitas españoles, destinada a desacreditar la prehistoria, ciencia nueva y peligrosa, que amenaza las enseñanzas bíblicas. Además, otros se enteran de que este Sautuola es amigo de un pintor francés, desde hace mucho tiempo. Precisamente, de ese pintor francés que, meses atrás, pasó una temporada en Santander, invitado por Sautuola. ¿Y ahora qué? Todo se explica. El falsario quedará desenmascarado. Pasarán dieciséis años hasta que el prehistoriador francés Emile Rivière descubra en la gruta de Eyzes (Dordogne) gran número de figuras grabadas en las paredes. Están en un pasillo obstruido desde épocas inmemoriales por una mezcla de arcilla llena de sílices tallados. A Sautuola se

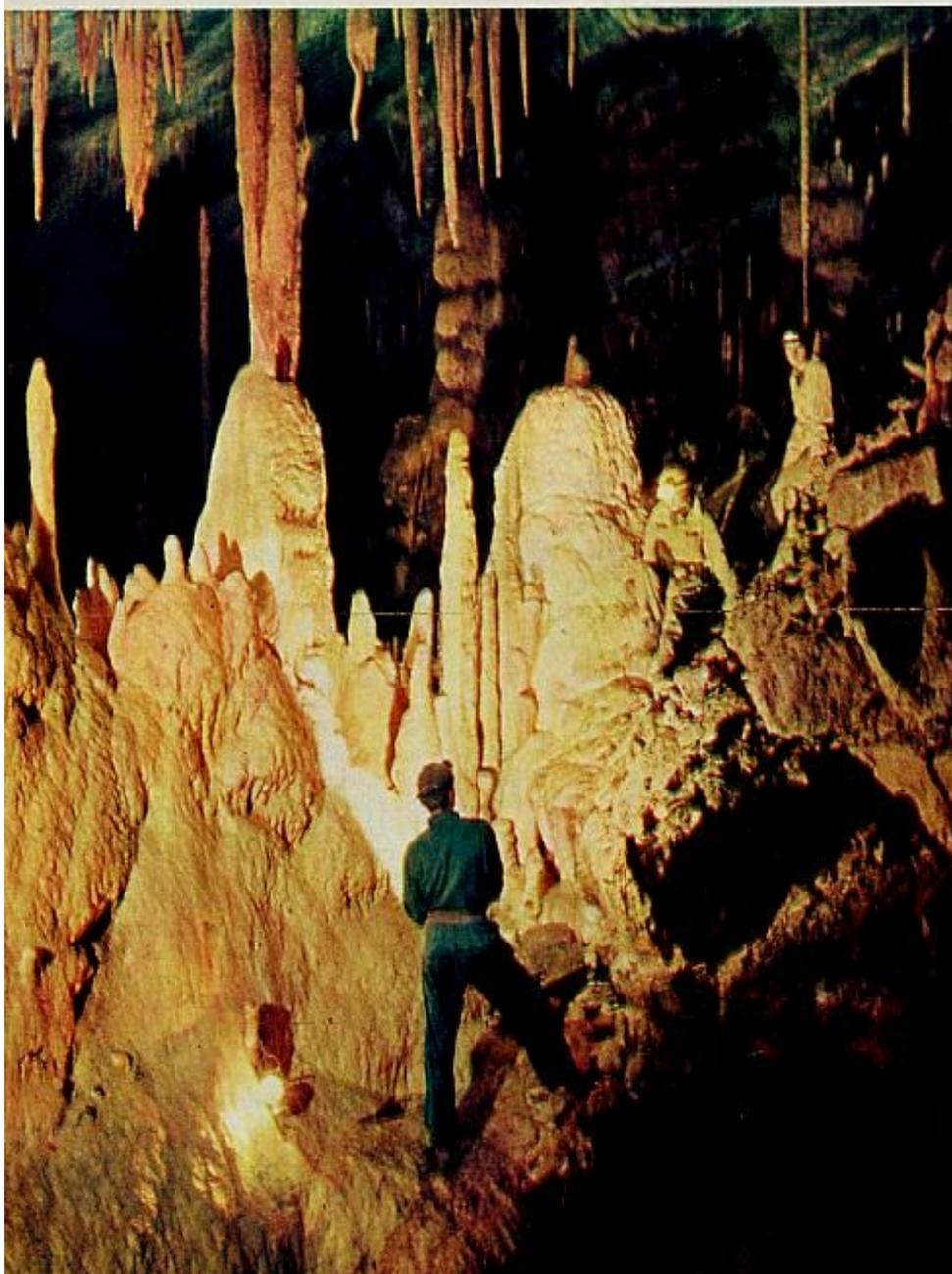
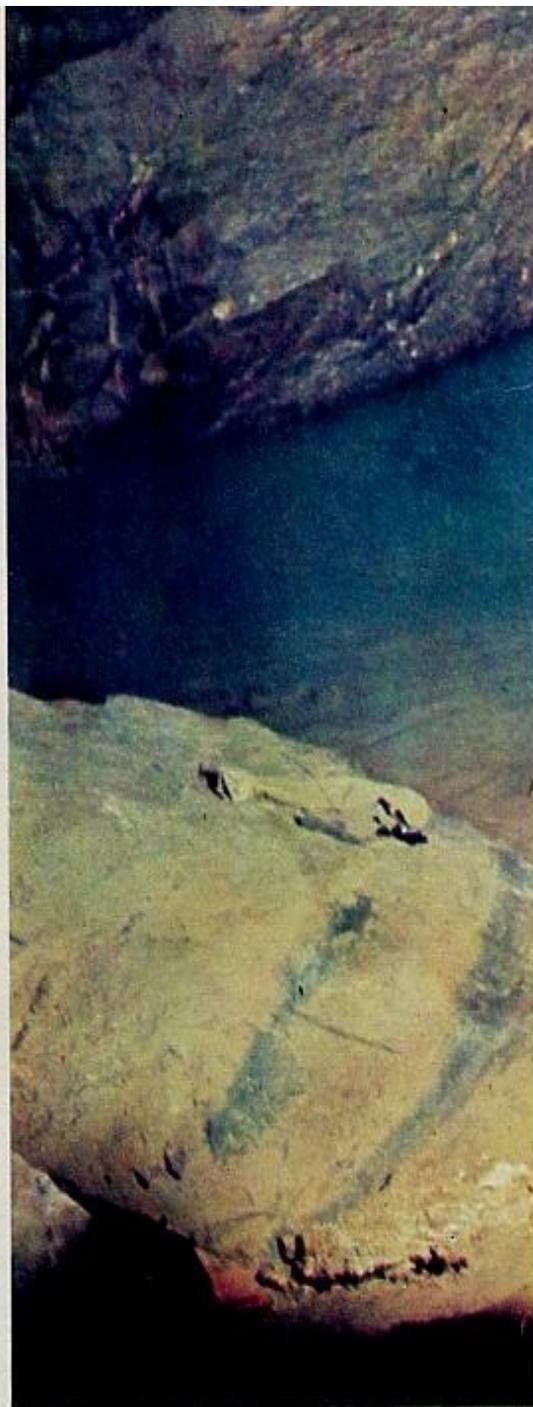
le hará justicia póstuma. Cuando Carthailac conoce el comunicado de Rivière, viaja hasta Eyzes y reconoce sus errores. A la vuelta, publica una autocrítica, famosa en la historia de la ciencia: «el mea culpa de un escéptico». Después, marcha a Altamira, acompañado del abate Breuil. Siete años antes había muerto Sautuola, acusado de falsario y mentiroso. Luego se suceden los grandes descubrimientos: Lascaux, Baume Latrone, Niaux, Trois Frères, Pech Merle, Combarelles de Fonde de Gaume, etc. Así queda completo todo un admirable bestiario de la fauna europea del cuaternario. En bastantes casos hay también figuras humanas, pero en la mayoría de ellas el hombre aparece enmascarado o disfrazado de bestia, o lleva atributos propios de los animales. El hombre no puede estar cual es, porque en ese caso daría a otros hombres el mismo poder sobre su persona que el logrado por él sobre los animales, cuya efigie ha pintado.

En 1912, el viejo Carthailac tiene que sufrir las risas y burlas de sus colegas. Lo que afirma en esta ocasión, supera en audacia a todas las elucubraciones de Sautuola. Todo había empezado por un lacónico telegrama: «Los magdalenenses modelaban también la arcilla». Firmaba Begouen. El conde de Begouen, discípulo y amigo de Carthailac, efectuaba, desde hacía tiempo, investigaciones en las tierras de su propiedad. Al recibir el mensaje, Carthailac cogió el primer tren para Saint-Giron. En la estación le esperaban el conde y el abate Breuil. Los tres hijos del conde condujeron al pequeño grupo a las grutas del Tuc d'Audert, un lugar cercano a Montesquieu en el Ariège, donde se habían descubierto anteriormente numerosos dibujos de caballos, bisontes y renos. Pero lo que enseñaron los tres jóvenes a Carthailac y al abate hizo llorar a éstos. Después de arrastrarse un largo trecho, todos tenían las rodillas ensangrentadas, pero ¡qué descubrimien-

SIGUE



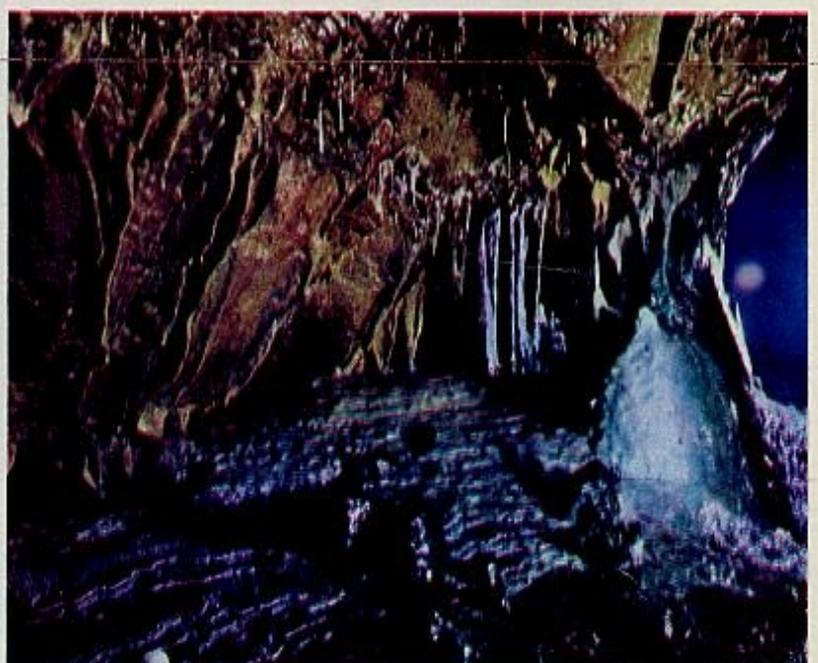
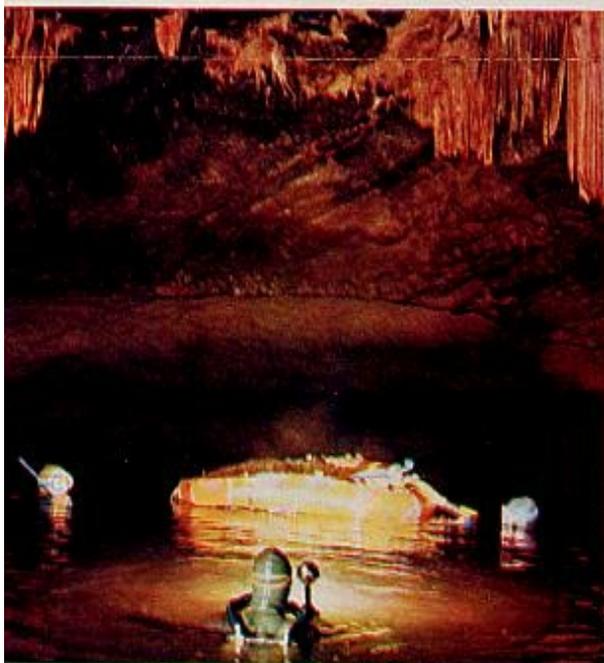
Prospect einer bey dem Dorff Ostrow gelegenen Höle.



En el grabado puede apreciarse una técnica original de topografía subterránea. Para iluminar y reconocer un río subterráneo, los científicos del siglo XVIII utilizaban unos patos a los que proveían de antorchas. Con el correr de los años, los procedimientos técnicos han sustituido aquellos primitivos medios. La espeleología es una actividad científica que forzosamente ha de allarse con las disciplinas deportivas. Para llegar hasta las profundidades de la tierra, que aún esconden sus secretos a la inteligencia humana, hay que estar en perfectas condiciones físicas y mentales: los investigadores deben ser, ante todo, excelentes deportistas. Sus proezas científicas se asimilan a las deportivas y se establecen records de permanencia en esos lugares ignotos. La espeleología es —como la astronáutica— la ciencia propia de nuestro siglo de anticipación.



**EL MUNDO  
DE  
LA NOCHE**



TITULO  
EL MAYOR ESPECTACULO DEL VESTIR

PROTAGONISTA  
**Terlenka**  
1948 poseedor

ESTRELLAS INVITADAS

# Terlenka® y... acción!

Trincheras que sonríen al mal tiempo, colores nuevos, modelos caprichosos. Elija ahora su nueva trinchera TERLENKA, la prenda ligera que abriga.



# EL MUNDO DE LA NOCHE

tol... «Penetramos — escribe Max Begouen en su libro "Los bisontes de arcilla" — en una caverna desconocida y sellada durante milenios por las estalagmitas. Sobre la arcilla estaban marcadas huellas de patas de osos enormes. Nuestra emoción aumentó al ver pisadas humanas... Eramos los primeros hombres que penetraban en esa caverna, desde que se fueron los cazadores paleolíticos. Avanzábamos como borrachos, borrachos de alegría por haber hecho aquel maravilloso descubrimiento. Yo iba un poco retrasado, cuando mi lámpara alumbró, por casualidad, un gran bloque que estaba a mis pies. Lancé un grito de sorpresa que hizo volverse a mis compañeros: dos bisontes en relieve de arcilla, dos estatuas de unos sesenta centímetros de longitud, cada una de ellas sobre un bloque de piedra, como sobre un altar... La actitud era la característica de la fecundación, una hembra de bisonte seguida por un toro erguido sobre sus patas traseras».

Años más tarde, en 1923, Norbert Casteret, cuando exploraba con peligro de su vida la gruta de Montespan, descubrió una estatua de arcilla cubierta con una capa de calcita. Esta vez su antigüedad era innegable. Casteret, solo, desnudo, sumergido en agua helada, con velas y cerillas envueltas en un gorro de caucho, había pasado a tientas dos sifones seguidos. Para llegar allí tuvo que nadar y chapotear en agua helada durante más de cinco horas, y atravesar, de parte a parte, remontando un riachuelo, la montaña de Montespan.

Escuchémosle: «Fue entonces cuando vi delante de mí una escultura de arcilla que representaba un oso. La falta de luz me la había ocultado hasta ese momento... Alrededor nuestro descubrí caballos en relieve, dos grandes leones de arcilla, dos figuras grabadas... estas esculturas de la época magdalenense se remontan, aproximadamente, a veinte mil años... El cuello y el pecho del primer león están literalmente acribillados a lanzadas. Puede uno preguntarse incluso si algunas de estas estatuas no han sido destruidas así. En el suelo de la sala del oso hay gran cantidad de figuritas modeladas, cuya pieza principal es la escultura de oso acéfalo, maciza, con la grupa muy fuerte y redondeada, las patas posteriores están replegadas y escondidas bajo el vientre. La pata derecha anterior está echada hacia el frente, con las cinco uñas claramente indicadas. También este oso ha sufrido numerosas mutilaciones. El agua que chorro del techo de la gruta ha ido deslizándose por sus flancos y recubriéndolos, poco a poco, con una película de calcita muy dura, que le sirve de coraza y atestigüa su antigüedad. Entre sus patas hay un cráneo de oso, proporcionado a su tamaño. Este cráneo quedó separado de la estatua a la que había estado sujeto por medio de un clavo de madera. Luego, el sostén de madera desapareció, al pudrirse, y la cabeza cayó. Primitivamente, pues, el oso de Montespan tenía cabeza...».

Dibujos, pinturas, grabados y esculturas nos llevan a los primeros tiempos humanos.

Cuando las glaciaciones obligaron a emigrar a los rebañes, cuando el hombre se dedicaba a exterminar la caza de su valle, el hechicero moldeaba en arcilla dos bisontes a los que aparecía, o bien pinta sobre la roca dos yeguas grávidas, con mamas rebosantes de leche. Los etnólogos denominan a esta operación «técnica de su-gestión». Es un rito propiciatorio para atraerse las fuerzas invisibles que aseguren una mesa bien provista. Y es esta misma preocupación, cuando la tribu poco numerosa se rinde al enemigo, la que mueve al escultor aurifaciente a tallar en marfil o en esteatita una estatuilla femenina, con



La cueva de Han, en las Ardenas. Desde hace varios siglos se despertó la vocación humana por la espeleología.

caracteres sexuales hipertrofiados, pues es ahí donde reside la salvación de la familia y la fuerza de la tribu: en los costados distendidos, en las mamas hinchadas.

## el romanticismo descubre las grutas

A los romanos que ocuparon Inglaterra les gustaba visitar las grutas de Wookyhol, celebradas en versos inolvidables por el poeta Charles Cotton, en el siglo XVII.

Fue Cotton quien inició una moda que hizo muchísimo daño a las cuevas inglesas. Siguiendo sus huellas, todas las gentes sensibles se apresuraban a visitar aquellas grutas, para experimentar los mismos inefables arrebatos que inspiraban al poeta la visión de los abismos infernales. Entre aquellas gentes había alegres grupos que utilizaban antorchas humeantes que ennegrecían las estalactitas. Algunos escribían con grandes letras sus nombres en las paredes, otros se sorprendían de la extraordinaria fragilidad de las estalagmitas y todos se llevaban a casa, como recuerdo de la excursión, una pequeña estalactita, una bonita piedra, una columna o un fósil interesante.

Aquellos actos de vandalismo culminaron en la destrucción sistemática de las cuevas de Wookyhol en 1702, cuando una compañía de mosqueteros se llevó una multitud de estalactitas y otras «colgaduras» para decorar una gruta artificial, de cemento, construida, según la moda, en los jardines de Alexander Pope, en Twickenham. En Europa occidental, las grutas de Han fueron las primeras en conocer la celebridad. El siguiente pasaje de George Sand, que hizo una descripción delirante de ellas en una de sus novelas, contribuyó en gran medida a aquella súbita fama: «Figurao — escribía después de su visita — un barranco con el torrente al fondo, bloques enormes arrojados desordena-

damente sobre los lomos de las colinas de rápidas vertientes; ponéd como fondo de este inmenso cuadro las bases colosales de las montañas, cuya cima se pierde en la noche, y como cielo, las tinieblas impenetrables de una bóveda de un kilómetro de longitud y de trescientos pies de altura. Es un caos alpestre hundido en otros caos. Una escena quebrada en el interior de una montaña compacta...».

Un «Album-Guía del viajero a la gruta de Han-sur-Lese», escrito en 1876 por un habitante de la localidad, muestra a una serie de turistas, elegantemente vestidos, con zapatos de charol, acompañados de hermosas damas vestidas de crinolina, paseando por entre las estalactitas, detrás de un guía provisto de una antorcha. «Conviene — recomienda la guía — dar un consejo a las damas: deben proveerse de zapatos buenos y sólidos y olvidar el elegante borceguí, poco conveniente para este tipo de excursiones». Juiciosa recomendación que confirmaba, por las mismas fechas, el primer folleto publicitario, destinado a atraer turismo hacia las «Mammouth caves», de Kentucky, señalando que «convenía que las damas llevaran pantalones bombachos o a la turca, y que los caballeros podían alquilar para su excursión trajes especiales, pero que las damas no debían, en ningún caso, excepto en el de indisposición, tomar el brazo de su acompañante, lo cual resultaría fatigoso tanto para el uno como para la otra».

Los turistas que leían el álbum-guía antes de entrar a las cuevas necesitaban una buena dosis de temeridad para aventurarse «entre aquellos horrores misteriosos (sic)». En aquellos lugares donde la naturaleza aparece aún rodeada de las tinieblas de los informes elementos del caos. Allí «donde no se puede sino experimentar una sensación de temor, casi de pánico, al comparar la pequeñez del hombre y la grandeza de la natu-

## EL MUNDO DE LA NOCHE

(Viene de la página 43)

raleza, y reflexionar sobre el orden y el fin de todas las cosas». En cada página, al turista que hojea el librito se le advierte que «aquí se quedará pasmado de terror» y que, poco más adelante, tendrá que confiar sólo en el guía, que pasará el río por un vado, llevando a espaldas a los viajeros y que habrá que observar los hitos clavados en el río, que indican el único paso vadeable. No se le oculta, en ningún momento, que hay que tener un cierto valor para aventurarse durante dos horas en el interior de esas cavernas tenebrosas, que recuerdan las moradas de las Parcas. Se le recomienda que no beba el agua de los depósitos naturales, ya que «podría correr el riesgo de ese desgraciado niño, llamado Ernest Fluhterspiegel que, en el lago Harrison, tuvo la imprudencia de beber ese líquido denominado "agua de cristalización", contenido en las geodas de cuarzo y que poco tiempo después se quedó petrificado, después de haber sufrido enormemente». Se le habla de que «otra concreción está constituida por varios centenares de flores de alabastro», y que un poco más adelante podrá ver una estalagmita parecida a un unicornio y que se introducirá, sin ser visto, en el tocador de la diosa de los infiernos. En fin, después de dejar a su derecha dos columnas majestuosas de arquitectura morisca, de un acabado exquisito, terminará su visita de las grutas de Han, bajo una bóveda grandiosa por la que pasan silenciosas las ondas fatigadas de un viaje tan largo como penoso. A bordo de una cómoda barquilla, cuyo nauta maneja los remos lentamente, el turista disfrutará de unos instantes de emoción plena. El paseo terminará con un disparo lanzado a la salida de la gruta, pero atención: «El que no esté prevenido creerá que el trueno ha estallado y resuena por doquier. La roca parece quebrarse; el crujido, la explosión, el estruendo se repiten en ecos infinitos. La roca parece estremecerse hasta sus fundamentos: semeja que todo se cae, y vamos a vernos sepultados en estos abismos sin fondo, bajo el peso de enormes rocas». El álbum tranquiliza al turista. No, nada de eso ocurrirá, puesto que desde que se ha inaugurado la gruta no ha ocurrido ningún accidente. Y para finalizar, que se tranquilice el turista de alma timorata, «bajo la roca hay incluso una casita y unos servicios que puede utilizar gratuitamente».

### la espeleología deporte y ciencia

Pero, aparte de los dóciles veraneantes que visitan las cavernas en «tours» organizados, como se puede visitar un museo o un castillo histórico, las maravillas del mundo subterráneo atraen cada año a las grutas a aquellos, infinitamente más numerosos, que se sienten llamados por la aventura y el riesgo, las investigaciones y las preguntas sin respuesta. Cada vez mejor equipados exploradores e investigadores científicos, recorren los límites de lo desconocido. En los Alpes Bajos, en Gouffre Berger, espeleólogos franceses han descendido a más de 1.000 metros de profundidad. En las grutas de Carlsbad, en Nuevo México, y los Mammoth Cavesau Kentucky, las galerías ya exploradas se cuentan por decenas de kilómetros. En inmersión subterránea, en la fuente de Cholet en el Vercors, el sondeador lionés, Bonneval, recorrió sumergido un sifón de 145 metros de largo. En la fuente de Vacluse, los hombres-rana del equipo de Yves Girault se han sumergido a más de ochenta metros de profundidad. En Bélgica, desde hace más de doce años el autor explora con escafandra autónoma las galerías inundadas del macizo calcáreo de Han, hendido como un bloque de Gruyère. Muchas nuevas redes, de admirable belleza, han sido descubiertas recientemente.

El espeleólogo de hoy actúa equipado de los más modernos aparatos de protección y de enlace con la superficie. Estamos lejos ya de aquellos pioneros que se aventuraban, sin apenas equipo, en cavernas inexploradas. La espeleología se ha convertido en un deporte y una técnica complicados.

R. S.

Fotos: MARC JASINSKI

## EN ORBITA



### nuevo ford

Cinco mil propietarios de automóviles Ford hay en España, según dijo en reciente conferencia de prensa el gerente de ventas en el extranjero y de Marketing de Ford, señor Lehne. Existen en España concesionarios-representantes en los principales mercados, que pronto serán ampliados a otros. Se refirió al aumento creciente y constante del transporte automóvil en el mundo: el pasado año se vendieron en el mundo occidental un total de 22 millones de automóviles y para 1970 se estima que la cifra estará en los 30 millones. En la presentación de modelos Ford para 1967 —un «Mustang», el deportivo «Cougar», un «Cortina» y los «Taunus 12M» y «15M»—, Lehne elogió la «vital dinámica» de la industria automotriz española, que este año llegará probablemente a las 328.500 unidades de producción. En la fotografía, el «Fastback», «Mustang 1967», con laminado metálico en la carrocería, motor opcional, varios adelantos técnicos y nuevos interiores. Al igual que otros modelos de la Ford, el nuevo «Mustang» incorpora modernas características de seguridad.

### manitas de plata

«Porque a nosotros, los gitanos, nos gusta comer con los dedos». Manitas de Plata contestó así a la pregunta de por qué nunca comía en el comedor del barco. El «France» lo llevaba a los Estados Unidos, donde el guitarrista gitano hace ahora una segunda gira artística. La madre de Manitas vive en Montpellier, en un remolque. Su hijo aspira a ganar mucho dinero para comprarle una gran casa. A Manitas de Plata, que es analfabeto, le llevan la contabilidad de sus cada vez más crecidos ingresos unos amigos. Manitas no tiene intención de aprender a leer; ni, tampoco, montar en avión, medio al que tiene tal pánico, que estuvo a punto de impedirle dar un recital en Cleveland por lo mal que llegó del viaje. Debido a una huelga de músicos, Manitas estuvo a punto de acompañar a la guitarra a Maurice Chevalier, cuando éste actuó recientemente en Nueva York.

### ohapas

Los llaveros han sido destronados por las chapas. Su reinado fue corto, como tal vez lo será el de este nuevo afán coleccionista-exhibitorio, que ahora «hace furor» en Europa. Los niños siempre fueron aficionados a las chapas y los tapones de latón de algunas botellas condecoraron más de una camisa infantil. Pero estas chapas de hoy son distintas. Muchas se fabrican industrialmente ex profeso para éste fin y sus tamaños superan generalmente a las chapas «clásicas». La marca de la bebida es sustituida por una frase, más o menos ambigua, más o menos agresiva, por un animal, una flor o cualquier otro objeto que tiene una especial significación para los iniciados. Además, ahora, la moda no se limita a los niños: muchos «provos» lo toman como bandera visible. Como en toda colección, lo raro y lo insólito es lo más valioso. Los merca-dillos para el canje funcionan ya. La «chapanería» está en marcha.

### exposición estrada

No ha sido otro pintor, sino un poeta —José Hierro—, quien más ha influido en su pintura. Lo decía Adolfo

Estrada el día de apertura de su exposición en Quixote. Una exposición con vagas reminiscencias de Pancho Cossío, pero dotada de una estética personal y auténtica. Adolfo Estrada —treinta y ocho años, nacido en San José de California— es un pintor joven, pero con una andadura artística madura y decantada. Estudió en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de Santander, en la de Bellas Artes de Madrid y en la Kenyon & Eckhardt de Nueva York. Como dice Joaquín de la Puente en su presentación, apodía hacer informalismo, abstracción, cualesquiera actividad tendencias. Pero —añade— parece que no desea extremarse, ni siente tentaciones demasiado fuertes que le destien de un cierto y justificado afán de plasmar cierto género de realidades. Las realidades que Estrada muestra en estos cincuenta cuadros muestran un intimismo temático, un sosiego aparente bajo el cual se adivina, apenas sugerido, el paisaje del alma de cada uno de sus modelos: esos interiores mesocráticos, estas jóvenes de mirada hacia dentro, sus serenos bodegones... Todo en Estrada parece llevar a una contención que el artista se ha impuesto a sí mismo; a un afán de no dejarse llevar y lograr una serenidad artística, lejos de lo fácil.

